

Vida, muerte y esperanza en “España, aparta de mí este cáliz”

Carlos M. Castillo Mendoza
Docente de Cátedra Vallejo
Universidad César Vallejo - Lima

Como ya es sabido, España, la Madre Patria casi feudal de los años treinta del Siglo XX, se debatía en una crisis de pobreza y atraso económico y social propio de un país del tercer mundo. Quien describe la situación muy bien es Frédéric Rossif director de la película “*Morir en Madrid*”. Al comenzar la guerra, la realidad española era la siguiente:

- 24 millones de habitantes
- 12 millones de analfabetos
- 8 millones de pobres
- 2 millones de campesinos sin tierra
- 20,000 personas poseían media España
- El salario medio era de 1 a 3 pesetas diarias y el Kg. de pan costaba 1 peseta
- Provincias enteras eran propiedad de una sola persona.

Socialmente, había una clase burguesa cuyo sustento económico estaba basado en la explotación del campesinado, mientras que una minoría de privilegiados como la nobleza, el clero, los militares y las clases altas de la sociedad disfrutaban de todas las riquezas, era una realidad propia de sociedades divididas en estamentos o clases.

La España católica y militar tenía:

- 20,000 frailes
- 31,000 sacerdotes
- 60,000 monjas
- 5,000 conventos
- 15,000 oficiales
- 800 Generales
- 1 Oficial por cada 6 soldados
- 1 General por cada 100 soldados¹

En el contexto internacional, Europa había tenido la experiencia de la Revolución Francesa que eliminó, en nombre de los derechos del hombre y del ciudadano a la monarquía gobernante y había establecido la República, siguiendo los lineamientos de El *Contrato Social*, libro escrito por Jean-Jacques Rousseau en 1762 y que buscaba organizarse en base a la igualdad de deberes y derechos para todos. También se vivía la experiencia reciente de la Revolución Rusa de 1917 que, además de haber eliminado a los Romanov, buscaba terminar con los privilegios de la monarquía y de la casta social parasitaria, para darle al pueblo un mejor nivel de vida.

Estaba claro también que un cambio de esta naturaleza en España, no podía hacerse sin llevarse de encuentro a aquellos que se beneficiaban del sistema imperante y que eran,

¹ Madeleine CHASPAL. Guionista del film *Morir en Madrid*. Director: Frédéric Rossif

como queda dicho: la nobleza, la jerarquía y buena parte del clero; la burguesía, los sectores administrativos del Estado y también los militares de alta graduación.

De otro lado, la influencia de los pensadores como Rousseau, Voltaire y Montesquieu que impulsaron la Revolución francesa, y de Marx y Engels para la Revolución Rusa, mostraban que un cambio en la situación social, económica y política de una sociedad, en este caso España, no podía hacerse con buenas intenciones o frases más o menos piadosas que convocasen la comprensión, la buena fe de los de arriba y la resignación a seguir esperando mejores tiempos a los de abajo.

Un cambio en la sociedad pasaba necesariamente por tener una ideología, entendida esta como el conjunto de ideas, valores, principios sobre la sociedad, la vida, el hombre, Dios, el Estado, la justicia, la libertad, la igualdad de derechos y obligaciones, y que no sólo fuese entendida sino asimilada por las mayorías.

A mi parecer, salvo el pensamiento del Padre Gustavo Gutiérrez, expresado en su *Teología de la Liberación*, donde nos propone el Evangelio como una opción preferencial por el pobre; aún hoy, no encontramos mejor ideología que el pensamiento marxista como doctrina y el socialismo como aplicación política, que viabilice de manera más esclarecida las reivindicaciones de los pobres y dé cauce a sus luchas que les permita “*pasar de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida cada vez más humanas*” (Paulo VI)

Producida la abdicación del Rey Alfonso XIII a la corona española en 1931, la clase burguesa, los ricos y poderosos se encontraron sin el soporte político e institucional que la monarquía les proporcionaba. Porque en el esquema de Estado bajo el cual vivían, ellos estaban perfectamente justificados y representados. El pueblo, que era el que sufría las consecuencias de la sociedad desigual, sentía que ese Estado no los representaba, nunca velaría por ellos ni los reivindicaría jamás. Por el contrario, tal como pasó en Francia a finales del Siglo XVIII y en Rusia de comienzos del Siglo XX, muy pronto los de abajo, el tercer estado, los pobres, se dieron cuenta que vivían como simples tributarios de un Estado que existía gracias a su trabajo y los mantenía en condición de explotados. De allí, a propugnar el cambio eliminando a ese Estado y sus representantes había sólo un paso, aunque para ello habría que ir a la violencia como procedimiento.

No se puede negar que César Vallejo, proveniente de una familia provinciana del Perú, que había visto de cerca las condiciones de vida del campesino en el latifundio serrano y en las haciendas azucareras de la costa, que vio cómo el capital extranjero llegaba al Perú y explotaba no sólo los recursos naturales sino al hombre mismo, como el caso de Quiruvilca; que al partir para Europa en 1923, había dejado atrás un país también feudal y explotado en la costa, la sierra y la selva, se encontró con la realidad Española que, a no dudarlo, llegaban a sus reflexiones y a sus convicciones no sólo poéticas sino fundamentalmente humanas. ¿Ignorar esa realidad?, ¿pasar por alto el sufrimiento humano que dejó aquí y que encontró allá?, ¿decir que así es el mundo y no asumir la responsabilidad de la palabra ante la desesperanza del necesitado?, ¡imposible! Entonces, ¿qué sentido tendría para él haber escrito poemas como EL PAN NUESTRO?, donde tomó partido por los pobres:

*Se quisiera tocar todas las puertas,
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!*

Para los millones de desheredados españoles la guerra civil era la esperanza. Para los que pagaban tributo, para los desposeídos, la guerra civil era la oportunidad que estaban esperando. Para los obreros de la república, la guerra civil fue el riesgo que había que asumir si se quería una vida diferente. Y César Vallejo no fue el único en estar en ese lado. El poeta Federico García Lorca también estuvo en la misma trinchera; por eso, ante la guerra afirmó: *“Siempre estaré con los hambrientos... Cuando muera, dejar la puerta abierta”*

La República Española había decidido enfrentar la pobreza y la miseria de millones de españoles optando por el cambio y César Vallejo apoyó esa revolución a sabiendas que eso tenía un costo y lo asumió.

No se trató de una guerra para arrebatarle sus territorios a un país vecino, ni un conflicto para apoderarse de los recursos naturales de otra nación, tampoco se trató de una avanzada bélica para establecer colonias y por lo tanto vasallos, mucho menos se trató de un proceso militar para derrotar a alguien que estaba en el poder. Era sencillamente una guerra para defender la Segunda República, de la que tanto se venía hablando y que tantas esperanzas despertó en los labriegos y pobres. Se luchaba pues por convicciones y por principios, no por intereses inmediatos ni por una paga semanal.

Era un acto de sobrevivencia de los de abajo, era hacer algo para sí mismos y para sus descendientes; por lo tanto, era un acto de amor, de servicio y de fraternidad en el más claro sentido humano y de redención casi cristiana; era un acto para establecer nuevos horizontes y forjar una nueva sociedad. César Vallejo que ya había declarado su opción por el pobre escribió en octubre de 1937:

*¡Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!*

“También los ricos necesitan ser librados de su propio poder, de su ambición, su soledad y su egoísmo”, afirma el Padre Gustavo Gutiérrez. Llegada la Guerra Civil Española, y fiel a estos principios, César Vallejo afincará su posición en tres puntos claves:

1. *No a la muerte*

La muerte no es un objetivo, no se la busca, ni se la desea a nadie, ni siquiera al enemigo, mucho menos a uno mismo. La destrucción y la muerte como resultado de la guerra no tiene explicación racional ni lógica, no hay razón para matar, pero como en la guerra se termina matando o muriendo, ante ella el hombre queda desubicado y sin saber qué decir o hacer, ¿No es ese acaso el sentido de estos versos?:

*Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al que bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,*

El poeta no se deja seducir por la muerte, ella es un paso aciago, inevitable que hay que dar para llegar a la verdadera meta, tiene un costo doloroso porque se lleva de encuentro al obrero y a su mujer la Juana Vásquez, o Rosenda esplendorosa. Muere el niño y su juguete. Con ella se van el constructor, el campesino, los civiles y los guerreros, pero también el libro, es decir, aquello que se supone es lo que nos ha hecho pasar del ámbito animal a lo más humano que podemos mostrar: la cultura.

*¡Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestras con la altura tenaz de sus rodillas...*

De otro lado. Vivir en la miseria, en la explotación y el abandono ¿no es acaso una forma de estar muertos? Y superar esa situación, ¿no es acaso una forma de matar a la muerte en que viven muchos en este mundo? Y para ese combate no hay necesidad de salario, se necesita un acto generoso de entrega.

*¡Voluntarios,
por la vida, por los buenos, matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado, del explotador,
por la paz indolora ...*

¡Qué distinta la posición de César Vallejo ante la muerte mientras otros la exaltaron!, como cuando Millán Astray en la Universidad de Salamanca exclamó irritado: "*¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!*", que fue respaldado por sus seguidores y que mereció la histórica y contundente respuesta del rector Don Miguel de Unamuno: "*Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir, y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha*".

Para César Vallejo, los muertos que la guerra producía, aunque fuesen los enemigos, jamás fueron motivo de alegría o expresión de triunfo. Morir nunca fue un punto de llegada, sino un duro tránsito, un trago amargo que lastima y quita el ser. Veamos el poema V:

*¡Ahí pasa! ¡llamadla! ¡es su costado!
¡Ahí pasa la muerte por Irún:
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro del tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que he callado... ¡si son ellos!
...
¡Gritó! ¡Gritó! ¡Gritó su grito nato, sensorial!
Gritará de vergüenza, de ver cómo ha caído entre las plantas,
de ver cómo se aleja de las bestias,
de oír cómo decimos: ¡Es la muerte!
¡De herir nuestros más grandes intereses!
...
¡Llamadla! No es un ser, muerte violenta,
sino, apenas, lacónico suceso;*

2. La lucha del pueblo como signo de amor, esperanza y humanidad

Todo acto de masas siempre es tomado como una amenaza para aquellos que tienen el poder, César Vallejo asume el sentido de la protesta y de la acción colectiva como una lucha por lograr algo mejor no tanto en lo personal sino en lo social, la lucha del pobre es un acto de esperanza, de liberación y eso le quita la dimensión que muchos quieren darle, el de ser una agresión intolerante.

*¿Batallas? ¡No! Pasiones. Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
de dolores de pueblos con esperanzas de hombres!*

*¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!*

Cristo mismo proclamó la guerra como una forma de violentar lo establecido: “*He venido a traer fuego a la tierra ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!...¿Piensan acaso que he venido a traer paz a la tierra? De ningún modo. No he venido a traer la paz, sino la guerra*” (Lucas 12,49-53) afirmó, a sabiendas que su prédica iba a ser asumida como una forma de enfrentar a la casta social siempre beneficiada. Los cargos por los cuales se le crucificó: “*Se ha hecho hijo de Dios*”, “*dijo que destruiría el templo y en tres días lo edificaría*”, “*no quiere pagar el tributo al César*”, etc. etc. fueron las formalidades de una venganza soterrada de aquellos que veían peligrar sus privilegios.

Quien sale a pelear no necesariamente busca la confrontación, la agresión o la bronca sino el medio de realizar una esperanza que es lo más humano que tenemos. Así, todo acto de lucha tiene un distintivo, que es la aspiración por conseguir algo mejor, nadie es tan tonto de ir a morir por nada; se levanta la voz porque se tiene muy claro la dimensión personal y social del problema. De allí que la reivindicación no es un acto egoísta sino de amor, de lo más fraterno a que podemos aspirar. Por ello, los voluntarios de la república estaban dispuestos a:

*pelear por todos y pelear
para que el individuo sea hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea hombre, y para
que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito!»*

Pelear para que el individuo sea un hombre quiere decir, pelear para salir del egoísmo, del individualismo y optar por humanizarlo todo. Finalmente, ¿cuál es el fin de toda lucha? El poeta nos lo dice claramente en estos versos:

*¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!*

...

*¡Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
¡Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
¡Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
¡Serán dados los besos que no pudisteis dar!
¡Sólo la muerte morirá! ¡La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán*

*los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!*

3. Una batalla que supera el odio y opta por la esperanza

La lección que nos deja el mensaje de César Vallejo en “**España apara de mí este cáliz**” es que no es el odio el que nos va a redimir de nuestro sufrimiento, no es la destrucción del otro lo que nos sacará de la pobreza. Una lucha por mejorar la condición de vida no necesariamente es un acto de revancha, de venganza ni de muerte; todo lo contrario, los pobres luchan mendigando, rogando, llorando, sufriendo, rezando:

*Los mendigos pelean por España
mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrendando así, con mano gótica, rogante,
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York, en Méjico.*

*Los pordioseros luchan suplicando infernalmente
a Dios por Santander,
la lid en que ya nadie es derrotado.
Al sufrimiento antiguo
danse, encarnízanse en llorar plomo social
al pie del individuo,
y atacan a gemidos, los mendigos,
matando con tan solo ser mendigos.*

...
¡El poeta saluda al sufrimiento armado!

Y es en este fragor que aparece la dimensión más humana del hombre que combate por un mundo mejor. La piedad y la misericordia, no de uno, sino de todos los hombres es lo que hará posible un nuevo cielo y una nueva tierra. El egoísmo, la individualidad nada construye, es la fraternidad la que todo lo puede, ella y sólo ella puede derrotar el dolor, el sufrimiento, la destrucción y la muerte.

El amor solidario y sin regateos es lo único que puede redimir a la humanidad. Este es el mensaje que el poema *Masa* consigna como herencia del poeta de Santiago de Chuco para la humanidad entera, escrito a pocos meses de su muerte (Noviembre de 1937).

*Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Se le acercaron dos y repitiéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...*

Recordemos que también para Cristo el amor siempre fue el marco central de su mensaje, de su vida, pasión y muerte, el que da significado a la vida del hombre y del universo entero. La solidaridad y el amor son una energía que dirige y da sentido a todo lo que existe sublimándolo y haciéndolo medio de salvación. Por la fraternidad y el amor, la humanidad se ve acercada a un punto de convergencia en que todo se une, se concentra, se consolida, se anima y se vuelve trascendente.

Ese punto de convergencia es la tierra, de donde venimos y hacia donde vamos. “*Memento homo quia pulvis est et in pulveris reverteris*”, acuérdate hombre que eres polvo y en polvo de convertirás, nos dice la Iglesia en el sacramento de la Confirmación. César Vallejo lo retoma en “*Redoble fúnebre a los escombros de Durango*” se muere para ir al futuro, por eso dice:

*Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.*

...
*Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro.*

Alguien se preguntará ¿y en qué se basó César Vallejo para proponer un discurso así? Sabido es que en la Guerra Civil Española intervinieron aspectos de carácter sociológico, antropológico, político, económico y religiosos; por lo que el poeta podía haberse asimilado a uno de estos criterios, que no le eran ajenos, para desde allí hablar proponiendo un enfoque y una direccionalidad a su mensaje. No lo hizo así.

Al observar los acontecimientos políticos y sociales de España, César Vallejo que ya había conocido, estudiado y se había adherido al pensamiento marxista y al comunismo, hizo una lectura objetiva del conflicto; y en el fragor de la guerra se levantó como voz de los de abajo.

Si la poesía es un acto de creación enteramente humano, no hay razón para dejar fuera de ella el esfuerzo de los hombres y mujeres del pueblo por alcanzar un mundo mejor para todos. Así, el hombre que lucha se vuelve sujeto de la creación literaria y no un simple objeto, del que se habla y al que se habla. El centro del pensamiento vallejiano en esa guerra cruenta fue su opción por el pobre. Porque solamente desde el terreno de la

comprensión del sufrimiento del pobre y desde la práctica, es posible elaborar un discurso auténtico y respetuoso acerca de la vida.

Esta fue una forma de incorporar la realidad social a la poesía. Esta fue la oportunidad que tuvo el poeta se Santiago de Chuco, para afirmar la coherencia entre su palabra y sus convicciones sociales. Si bien es cierto que la poesía es una muestra de la estética literaria, lo particular en César Vallejo fue que la acercó a la realidad histórica. *¡Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra!*, había escrito.

El proceso de su identidad

César Vallejo llegó a la universalidad porque supo avanzar con los pies bien puestos en su natal Santiago de Chuco, pueblo serrano, anclado en los andes del Perú. Empezó diciendo: *“Al portón de la casa / que el tiempo con sus garras torna ojosa”*; *“su sabor a cañas de mayo del lugar”*; *“Madre, me voy mañana a Santiago / a mojarme en tu bendición y en tu llanto”*; de allí pasó a ser la voz de su raza, su stirpe, de la etnia andina a la que perteneció, y no tuvo reparos en llamarse él mismo un *corequenque*, un *llama*, un *pichón de cóndor*; para terminar siendo uno más de los pobres, de los marginados de este mundo. Allí está la vigencia de su voz y su mensaje. Este es el sentido del poema LA RUEDA DEL HAMBRIENTO donde escribió:

*Un pedazo de pan, ¿tampoco habrá para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme
una piedra en que sentarme,
pero dadme,
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse
y después me iré...*